

Un homenaje sin precedentes en la historia británica: los funerales de Churchill. La presencia de la Reina Isabel y de los miembros de la familia real ha conferido a los actos unas características de solemnidad que nunca se habían dado en el pasado, ni siquiera en los casos de otros dos «grandes» históricos: Wellington y Nelson. Millares de londinenses contemplaron, en medio de un impresionante silencio, el desfile del cortejo fúnebre.



EL MUNDO RINDE HOMENAJE A

CHURCHILL

SIGUE



El féretro
conteniendo
los restos del viejo
ex «premier»
fue cubierto con la
bandera nacional;
sobre el mismo,
las condecoraciones
concedidas
a Churchill durante
su larga vida
al servicio del
Imperio Británico.
Millares de
personas
desfilaban ante
el cadáver,
expuesto
en Westminster
Hall, rindiéndole
el último
homenaje popular.
A la derecha,
una mujer, agente
de Policía, llora
por el destacado
personaje
desaparecido.



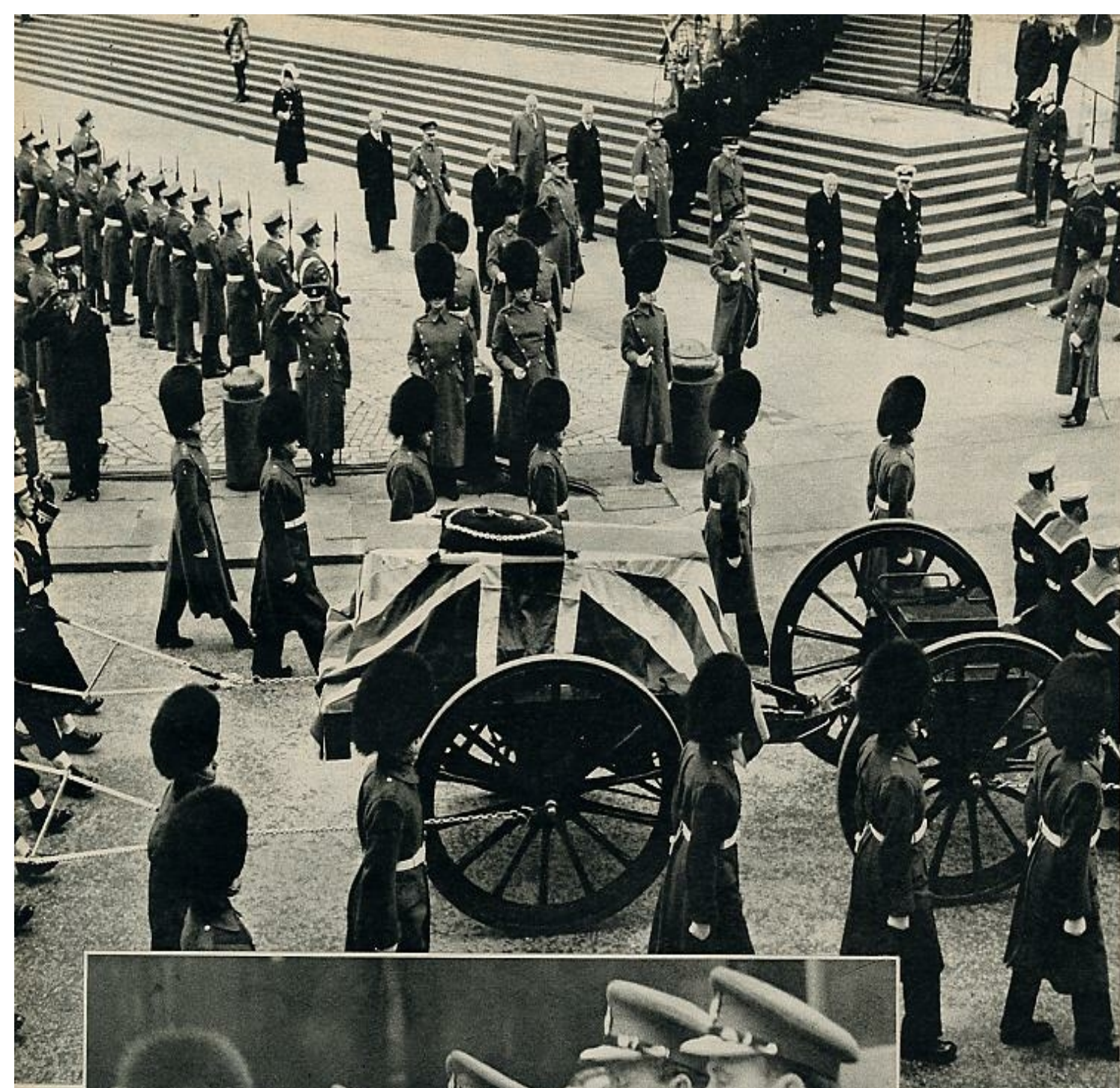
CHURCHILL

El símbolo se ha esfumado ya y el Reino Unido de la Gran Bretaña se sumerge en otra época. Esta es otra Inglaterra, definida por Los Beatles, los «angry young men», las batallas en las playas de moda y el socialismo en el poder. Definida también por su retroceso hasta un segundo plano en el concierto internacional. De ahí que la nostalgia constituya uno de los sentimientos más vivos en aquellos que han sido testigos de los últimos fulgores, de la desaparición de una grandeza quemada espectacularmente en dos guerras. De ahí, asimismo, la emoción general suscitada por la marcha definitiva de Winston Churchill, el hombre que había encarnado, de modo eminente, las esencias de esa tradición que, arrancando del siglo diecisiete, culmina en una época victoriana y que se acaba, sin remedio, bajo el tronar de los cañonazos de duelo rompiendo el impresionante silencio del pueblo londinense, en esta mañana del gélido treinta de enero.

Con el entierro solemne de los restos del hombre que había dirigido la última guerra, configurando con su genio un momento histórico decisivo, adquiere su perfil definitivo la radical ruptura entre dos concepciones de la realidad y el final arrumbamiento de una de ellas, precisamente la simbolizada por el campeón de la grandeza imperial británica y a la vez —una paradoja de la Historia— de los principios democráticos - liberales. Pero a quien el pueblo inglés —y otros muchos pueblos— ha rendido este solemne homenaje es al hombre de la firmeza, de la constancia, del tesón; al hombre de la esperanza, en aquel instante en que el porvenir se oscurecía, cuando las tropas nazis se asomaban al canal y Londres vivía bajo el terror de los bombardeos. Al hombre que hizo renacer la confianza de todo un país en sí mismo y en sus instituciones, y que logró una tenacidad y un esfuerzo admirable de invertir el curso de unos acontecimientos que parecían irreversibles. Por ser justamente para este hombre los honores rendidos, se han asentado sobre un concepto de disciplina y de la solemnidad que ningún otro pueblo sabría observar con tanto rigor.

(Fotos JEAN KER-DAROLLE-DALMAS y KEYSTONE)





La marcha fúnebre de Beethoven anunció el comienzo del desfile. El féretro fue instalado sobre un armón de artillería, arrastrado por un destacamento de la Marina, formado de ocho en fondo. Presidía el duelo familiar Randolph Churchill, hijo de sir Winston, y su nieto, que lleva su mismo nombre. A la cabeza del cortejo, cuatro oficiales portaban las condecoraciones ganadas por el fallecido. Tras el féretro, formaban los aviadores que participaron en la llamada «batalla de Inglaterra» contra la Luftwaffe nazi. En la catedral se reunieron más de seis mil personas. En el muelle de la Torre de Londres, los restos de Churchill fueron trasladados a la barcaza «Havengore», que los llevaría hasta Bladon.

CHURCHILL





CHURCHILL



A las exequias de sir Winston Churchill asistieron personalidades de 110 países, que formaron el duelo oficial, encabezadas por la Reina Isabel y el príncipe Felipe, a los que seguían el príncipe Carlos y la Reina madre y después la princesa Margarita y el conde Snowdon. Entre los monarcas y Jefes de Estado asistentes se hallaban la Reina Juliana, los Reyes Balduino, Olaf y Constantino y el gran duque Juan, de Luxemburgo; así como el general De Gaulle, los Jefes de Gobierno de Canadá, Australia y Nueva Zelanda, el mariscal soviético Koniev y el ex Presidente norteamericano Eisenhower. A la derecha vemos al «premier» Wilson, con el Presidente De Gaulle. Arriba, la Reina Isabel con el príncipe Felipe y su hijo Carlos.

